

Exposiciones

LUIS ALBERTO ACUÑA

Éscribe: ESTANISLAO GOSTAUTAS

Luis Alberto Acuña pertenece a la historia del arte colombiano como una inseparable figura de historiador, de crítico, de coleccionista, de pintor, de escultor y de amante del arte colonial.

Cuarenta años de auténtica dedicación al arte es un título más que honorífico. Su gran labor en el rescate de los monumentos coloniales y su desvelo por la munificencia del Museo Colonial de Bogotá, le merecen mejor que a cualquiera el título de guardián del arte nacional.

Aquí, sin embargo, nuestro comentario tiene que restringirse sobre el Maestro como pintor, con ocasión a treinta años de pintura, entre retrospectiva y actual.

Desde sus triunfos en Europa y Estados Unidos hasta su silencioso retiro en Colombia, el Maestro ha pintado cientos de cuadros y realizado decenas de esculturas. Ha pasado por variadas etapas: desde el romántico idealista con su "Naso seduciendo a Deyanira" hasta el nacionalista con sus temas aborígenes y populares; desde sus primeros intentos expresionistas del 54 hasta el total desenfreno de masas, de colores, de elementos del 61.

Tanto sus primeras obras como las últimas fueron recibidas con frialdad y simpleza. Y esto es injusto. El Maestro lo merece todo menos la cruel indiferencia. No vamos a afirmar que toda la obra de Luis A. Acuña merece aplausos, ni siquiera si es buena. Precisamente su donquijotesco afán de buscar formas nuevas, de inventar originalidad, de pintar al día ha hecho que cometa el gran error de otros buenos pintores colombianos como el caso de Ignacio Gómez Jaramillo. Ni éste, ni Acuña tienen la vocación de Picasso ni de Buffet. Su error consistió en querer ser lo que interiormente no quería ser.

Por eso me atrevo a afirmar que Acuña es un pintor con sentido moderno más que un modernista. Toda su pintura es la misma inspiración terrígena con ansias de ponerse al día. Y esto es imposible. Acepto a

Acuña colonial, acepto a Acuña admirador de la naturaleza terrígena, acepto a Acuña cantor de lo popular, pero de ninguna manera acepto a Acuña modernista. Acuña es un pintor atormentado que perdió lo que tenía y no encontró lo que buscaba.

Tanto su pintura del 57-61 como su escultura es una pesadilla audaz y violenta tal vez llena de emociones sinceras, pero que quedaron introducidas. Como es un maravilloso técnico de la pintura, esta no tiene secretos para él, y usa y abusa de los elementos sin ninguna inspiración. Sus cuadros son innegablemente bien hechos pero en ellos no se respira el alma, no se sienten emociones, aunque el maestro haya vertido allí todo su corazón, todos sus sentimientos. Su evocación de mundos perdidos y ultraterrenos, sus pajarracos intrépidos, su amanecer sobre las cordilleras, sus soles, sus mitos son rebuscamientos comprensibles pero poco satisfactorios.

El pulimento exagerado contrasta con la espontaneidad de las materias usadas, como el asfalto, el cemento, la piroxilina, los vidrios, los lentes y muchos collages más. Yo no dudo que Luis A. Acuña se sentía mucho más a gusto pintando los patios coloniales, los dioses chibchas o una fiesta santandereana, que esos monstruos submarinos o mundos de Julio Verne.

La aventura modernista es peligrosa y no todos la resisten. Las evoluciones demasiado drásticas suelen dejar el vacío. La prueba es que recibió el premio Guggenheim en 1947-1948, cuando todavía evolucionaba lentamente y prometía ser un pintor colombiano de primera línea.

En cuanto a la escultura, simplemente es pobre y llena de tergiversaciones absurdas de formas y conceptos, desagradables desde todo punto de vista. Allí no hay sinceridad, y el rebuscamiento es enervante. Tal vez esta crítica tenga un carácter de iconoclasta, pero yo creo que callar es aún peor. El silencio que se ha extendido sobre esta exposición es injusto, ya que no es mucho más mala que las otras y en cambio, aun en medio de defectos, nos tiene mucho qué decir. Es la experiencia, muy cara, de un gran pintor extraviado en la maraña del experimentalismo. Para mí, Acuña sigue siendo el gran poeta enamorado de los retablos de San Francisco.